

Canción completa para que una chica baile en Madrid

Para mí,
y para ti, seas quien seas

A mi abuelo, como siempre

Y lo intento cada día, ser todo lo que había imaginado,
y me encuentro que la vida siempre tiene algo preparado
que supera cualquiera de mis fantasías,
nada comparado con lo que realmente sucedía
(*Tierra*, Xoel López)

Can you see right through me?
They see right through me
I see right through me
(*The Archer*, Taylor Swift)

Sigo buscando algo
y puede que ahora lo esté tocando,
lo esté abrazando,
no digas nada,
sólo prepara,
solo prepara
(*Solaris*, Iván Ferreiro)

Capítulo 0

Eran las once y catorce de la mañana de un lunes cualquiera en la oficina de *Descubriendo España*. Miraba embobada el microondas, comiendo un puñado de almendras, cuando entró mi jefa. Esa mañana no paraba de pensar que era un sofá.

Las once y catorce, marcaba el microondas.

— ¿Qué tal, cómo lo llevas? —preguntó Silvia.

La miré. Ella estaba comiéndose una napolitana de chocolate pequeña, de las que venden en cualquier supermercado. Suspiré antes de responder, mientras asentía con la cabeza y tragaba una almendra.

Esa mañana, además de pensar que era un sofá, estaba escribiendo un artículo sobre la sierra de Francia, que era una comarca de Salamanca que jamás había visitado.

— Bien. Creo que en una hora he terminado de escribir y me pongo a maquetar el artículo.

Asintió, masticando la napolitana. Quise preguntarle por su familiar recién operado, pero advertí con sorpresa que las palabras no salían de mis labios. En plan... estaban ahí. Las estaba viendo, casi como si tuvieran forma física, flotando en mis pensamientos, en mi mundo interior, en mi lengua, en torno a la hora del microondas (las once y quince), pero no salían.

Es que es muy difícil ser amable cuando te están haciendo daño, pensé.

Después pensé que no quería ser una persona de mierda.

— ¿Qué tal tu tío? —dije, por fin, liberándome con ello.

— Bien, está mejor —asintió. Se acercó a la papelera, tiró el plástico de la napolitana y terminó de tragar—. Ya le han dado el alta así que ahora a recuperarse en casa.

— Me alegro —respondí, sonriendo un poco.

Me alegraba, desde luego, pero no me apetecía nada hablar. Me sentía demasiado metida dentro de mí misma como para interactuar con la vida que estaba ahí fuera.

¿Era un sofá?

Estaba teniendo pensamientos extraños esa mañana.

Traté de respirar hondo. Maldita ansiedad, ahí, justo ahí, en el pecho. Lo intenté de nuevo. Nada. Se atascaba. Tengo la respiración atascada, pensé. Cerré los ojos y moví el cuello de un lado a otro. Abrí los ojos. Las once y dieciséis.

— Me voy yendo, que hay mucho que hacer —dijo Silvia.

Me dedicó una última sonrisa y después abandonó la cocina como si de verdad tuviera prisa. Pestañee un par de veces y me pregunté qué tendría que hacer que fuera tan urgente. Nada, me dije en seguida. Sólo quiere quedar por encima, pensé con tristeza. La jefa trabajadora frente a la empleada que come almendras.

Después me pregunté si era un sofá. Sí, un sofá, uno de esos sofás que están genial para un rato de descanso o entretenimiento pobre, para una pequeña siesta con una película mala de fondo, para un día de resaca de esos en los que dices: hoy no me muevo del sofá. Estás hecho una mierda, así que quieres estar en el sofá. Desarrollamos un cierto tipo de aprecio por los sofás, pero lo que de verdad ama un individuo es una cama, pensé, una cama con su almohada y sus sábanas y su amplitud. A la hora de la verdad te vas a la cama, a lo que sea, y en los días felices no piensas siquiera en ese pobre sofá viejo en el que ya has encontrado una postura cómoda porque lleva demasiados años contigo. Sí, eso era, eso era, justo eso, demasiados años con todo el mundo.

Me comí una almendra. Las once y dieciocho. El tiempo no pasaba en ese lugar y sin embargo estaba pasando mucho tiempo.

La sierra de Francia, pensé, tengo la estructura y la información, no me costará nada escribirlo, lo tengo para media mañana y después a seguir, a por otro artículo más, y después a corregir los artículos de los colaboradores, por favor, que no me toque ninguno demasiado malo, y después seguramente a por otro más, y después otro más, y todos esos lugares que jamás visitaré porque, quién lo iba a decir, estar en un medio de viajes no garantiza, en fin, viajar. Almendra. Al menos esperaba ser un sofá color amarillo pastel. No, es que ni siquiera eso, ¿quién se compraba un sofá de ese color? Sería gris. Peor: negro.

Las once y diecinueve. Suspiré, pero no como Bella suspira en *Crepúsculo*, es decir, como un personaje principal que se siente viviendo una historia, siendo grabada, visible, no, suspiré porque tenía la respiración atascada y esa era la única forma que encontraba a veces de respirar, a través de hondos suspiros. ¿Les pasaría algo a mis pulmones si les hacía eso, si les engañaba de esa forma?

Después pensé en Alexo, porque había un chico, por supuesto que había un chico, siempre había un chico. Di la vuelta al móvil. No me había escrito, porque por qué habría de escribirme, por qué iba a estar pensando en un sofá viejo y desgastado un lunes a las once y diecinueve de la mañana, si él ni siquiera llevaba mucho tiempo con ese sofá. Es más: no se había sentado ni una vez en él. ¿Se acordaría de mí? Ah, ahí estaba, mi pregunta recurrente de cada día. Casi hasta sonreí, la había echado de menos, no me asaltaba desde el día anterior.

Qué habrá hecho Alexo el fin de semana, pensé, después canté: *con quién estarás, qué harás por ahí, con quién estarás*. Era septiembre, era de forma legítima el mes de Iván Ferreira, así que podía cantarle a pleno pulmón atascado. *Podrías estar tan cerca de mí, podría tocarme tu respiración*.

Suspiré. Respiré. Nada. Atasco.

Estaba tan aburrida. Estaba tan absolutamente aburrida. La vida era un sofá.

¿Qué quería?

Tenía que decidirlo ya. Ya. La vida se me escapaba.

Jugué con una almendra. De haber estado menos aburrida me hubiera puesto a llorar allí mismo, en la cocina de la oficina. Lo había hecho mil veces antes, y lo haría decenas de veces más después, no era tampoco gran cosa, no era que me estuviera reprimiendo, era que esa mañana estaba tan absolutamente aburrida de tener cualquier tipo de emoción que ni siquiera me apetecía llorar. Tenía días así. No me apetecía salir de mi cabeza, pero al mismo tiempo quería con mucha fuerza irme de mí misma. No pensar. Respirar hubiera estado bien. Hubiera estado bien no pensar en Alexo, ni en la sierra de Francia, ni en la vida que no estaba viviendo por estar allí encerrada nueve horas al día, cobrando un sueldo de mierda, escribiendo sobre lugares que no había visitado y que con toda probabilidad nunca visitaría, mintiendo por tanto a los lectores, estafándolos un poco, incluso. Visitad esto, merece la pena, *blabla*, y yo qué sabía, no creía en una sola de las líneas de las que escribía, excepto cuando escribía sobre Galicia, claro, entonces sí, cuando pensaba en la Ribeira Sacra, ahí, sí. El único viaje que había hecho para ese medio de viajes. Sí, ahí, sí.

En ese viaje, mientras aparcábamos el coche en un camino embarrado, a cientos de metros de altura, en un monte de Ourense, sin ver nada a más de diez pasos de distancia por culpa de la densa niebla, ahí, en ese momento, me dije: quiero esto. Ser de verdad periodista. Escribir sobre lugares que conozco, transmitir lo que son. Incluso ambientar historias ficticias en escenarios así. Pero ese sentimiento se fue tan pronto que cuando lo

hizo ni siquiera había levantado la niebla. Era un sentimiento demasiado grande y ambicioso, y yo me sentía demasiado pequeña. No me cabía dentro así que me abandonó.

A mí la seguridad me duraba un suspiro, así que no, no sabía qué quería, pero no quería estar allí, eso sí lo sabía, no quería estar allí porque me estaban arrebatando la vida, aunque tampoco sabía qué vida me estaban arrebatando exactamente. Quiero decir: qué vida lamentaba estar perdiendo si ni siquiera sabía qué vida quería estar viviendo. Viajar, Londres, periodismo, Florencia, escribir, *blabla*. Estaba aburrida de mí misma y de los cuentos que me contaba a mí misma. Era un sofá y una cuentista.

Oda decía que era un caracol, porque me escondía cuando alguien quería tocarme. Julia me había dicho una vez que era una tortuga. Eloy decía que era una ardilla, porque me sentaba en posturas extrañas y lanzaba una especie de chillido agudo cuando estaba cansada, agobiada, frustrada o contenta. Gritaba en cualquier estado, a decir verdad. Era más una ardilla que un caracol, supongo, pero sobre todo era, lo dicho, un sofá.

Lore nunca me había dicho nada referente a mi animal espiritual, pero siempre me decía que mi vida tenía capítulos, temporadas incluso. Este, esa mañana de lunes, podía considerarse el capítulo 0, porque *todo está parado, en punto muerto, a punto de empezar*, de un total de 34.

Ernesto entró a la cocina como un resorte, como si él también tuviera prisa. Allí mucha gente tenía prisa, todo era muy urgente y nada era importante. Era curioso.

Ernesto era un aparador, lo supe en ese momento.

— Venga, venga, que siempre que vengo a la cocina te veo aquí —dijo, medio en broma, medio no.

Más bien no. Lo típico que dices de broma, pero que no es una broma.

Ernesto era el jefe de *Descubriendo España*. Silvia, su segunda.

— Estoy descansando los ojos —le dije, conciliadora.

Al fin y al cabo, llevaba dos horas y media delante de una pantalla de ordenador. Miré el reloj del microondas. Las once y veintiún minutos. Llevaba siete minutos en la cocina, una mañana de lunes en la que ya iba por mi segundo artículo. Me comí una almendra. Yo creo que merecía comerme esa almendra descansando un poco.

Ernesto se marchó con la misma prisa que había entrado. A decir verdad, solía ser una persona agradable en las distancias cortas, cuando era menos jefe y más persona, o al menos lo era conmigo. Lo que ocurría con él es que a veces no parecía entender nada. Jamás iba a entender, por ejemplo, que necesitase diez minutos para despejarme antes de seguir escribiendo sobre lugares que nunca había visitado. Ni entendía que valorásemos más la vida que teníamos fuera, que en mi caso no sabía exactamente cuál era, que lo que pudiera suceder en esa oficina suya. Creo que nunca nos habíamos entendido, en general. Creo que le gustaba cómo trabajaba y que le caía muy mal.

Me levanté. Deseé sentir prisa, pero es que todo me daba igual. Aquella mañana también pensé en *La Radio Feliz*, desde ahora *Desgracias FM*, como siempre la llamábamos Lola y yo. *Desgracias FM* era, sin ningún tipo de duda, un lugar de desgracias, una empresa de mierda, llevada por un jefe de mierda, pero de igual modo había sido mi lugar profesional más feliz. Mi lugar de otro tiempo, otro tiempo en el que trabajaba diez horas al día, cuando tenía suerte y había poco trabajo, un lugar donde asumía los gastos laborales como propios, por ejemplo cuando le pagaba el taxi al entrevistado de turno, y donde además cobraba ochocientos euros siendo jefa de redacción, porque era idiota, pero sobre todo era joven y sobre todo estaba viviendo un sueño (pero sobre todo era idiota).

Echo de menos la emoción que sentía en *Desgracias FM*, me dije mientras fregaba el vaso que había usado, pero al mismo tiempo no quiero volver a sus trampas, es una vida tramposa. No volvería jamás. Pero la echo de menos, insistí, por el placer de seguir dando vueltas a las cosas. Pero no quiero, de verdad que no, sólo la echo de menos. La emoción.

Y el invertir tu tiempo en algo en lo que crees, eso también.

Echo de menos escribir sobre cosas que conozco, me dije, y después alcé las cejas y asentí despacio. Cuánto echaba de menos esa sensación, casi la había olvidado. Escribir sobre la historia de esa película, de ese libro, de ese disco, sobre su concepción, su desarrollo, su importancia, sus posibilidades. Pobre sierra de Francia, qué iba a decir de ella. Era como hablar de una persona a la que jamás habías conocido por ti mismo: el resultado era injusto, algo vacío.

Yo era un poco eso. Un sofá vacío.

La verdad absoluta es la siguiente: no había vuelto a ser la misma desde que me despidieron de *Desgracias FM*. Ya tampoco recordaba bien quién era antes de eso. Tal vez hasta tenía idealizada esa época, porque desde luego había sufrido, y no había tenido más vida que la de *Desgracias FM*, con desgracias de todo tipo, y tampoco entonces me tomaba en serio a mí misma, porque tampoco entonces terminaba de escribir los cien libros que empezaba al mes. Sí, eso también era un tema.

Pero al menos en *Desgracias FM*, durante cinco años, tenía un trabajo real, escribir sobre lo que conocía y me entusiasmaba, y un propósito, convertir ese medio en algo importante. Y cuando lo estaba rozando, un mes después de cubrir los Goya, con la estrella Javi diciéndome me voy a casa y abriendo con ello un mundo de fantasías románticas... El jefe de mierda entra en escena y dice: He tenido un pálpito, estáis despedidas. Es que lo piensas y te tienes que reír, lo piensas y te tienes que reír. *So fucking close*, dijo Tommy Shelby en esa última escena de la segunda temporada de *Peaky Blinders*, estaba tan cerca de tenerlo todo y ahora vais a matarme, cabrones, decía, pensaba, pero Tommy Shelby se salvó (tal vez por su cara bonita, y por tanto de forma merecida) y conmigo habían tenido un pálpito. Y así, una mano delante y otra detrás, sin ahorros porque cobraba ochocientos euros al mes, 25 añitos, fiera, y el sueño en las manos, a la puta calle. Y ahora qué, y entonces qué, cantaba Viva Suecia, y entonces qué. Entonces somos *la rabia que nos han hecho sentir*.

Sentía mucha rabia por lo de *Desgracias FM*, pero echaba también de menos mucho. Pero no volvería, jamás volvería a esa vida. Y sobre todo no volvería a cubrir una alfombra roja, ni me dejaría llevar por sus trampas, eso sobre todo. Era una vida tramposa, la de las estrellas, incluso cuando no eres una de ellas, incluso cuando sólo orbitas alrededor. No quería eso. No echaba de menos eso exactamente. Pero echaba de menos la emoción. Sentir algo. *Míranos, abriéndonos el pecho*, no me abría el pecho ya, para qué, si estaba vacío. Quería dejar de estar aburrida. Tener un propósito y a poder ser que nadie tuviera un pálpito en torno a ese propósito.

No, en serio, qué quieres, porque tampoco quieres eso.

Pero lo echo de menos, me contesté.

Dios, me estaba convirtiendo en Sméagol y Gollum.

Miré el reloj. Las once y veinticinco. No podía, es que no podía. No podía con esa mañana de lunes. Recordé que nos habían dicho que desayunábamos demasiadas veces al día y me entró la risa. Qué hacía allí. Estaba perdiendo el tiempo allí, se me estaba yendo la vida en ese lugar donde no pasaba nada, en ese sótano oscuro y frío (no es una metáfora: era un sótano oscuro y frío). Bueno, al menos ellos eran reales, Adriana y todos los demás,

los que descansaban ya en paz, por despidos o renunciaciones, y los que seguían allí, siempre por desgracia, nunca por elección. Cómo es posible que siga funcionando un sitio así, pensé. Luego pensé en otros lugares de mierda, porque conocía varios. Lola trabajaba en uno no mucho mejor, Oda más de lo mismo. Quién no, quién no. Luego pensé en Inma diciendo que el trabajo no dignifica y tuve que estar de acuerdo, pero al mismo tiempo... Yo sí quería un trabajo que fuera algo más, ¿no? Bueno, igual no.

Suspiré. No respiré porque no pude.

Echaba de menos algo impreciso. A lo mejor era algo que nunca había conocido, pero que yo sabía que existía, porque sabía que tenía que haber algo mejor que ese lugar, que *Desgracias FM*, que no llegar a fin de mes, que no sentir pasión ni emoción por tus líneas, que no confiar en que algo pudiera salir bien. Echaba de menos. Quería algo. Yo sabía que quería algo. La niebla de la Ribeira Sacra, entrevistar a Penélope Cruz, presentar mi libro en la pequeña librería del barrio, algo.

Me vi plantada en medio de la cocina, mirando a la nada. Las once y veintiséis. Me eché a reír de nuevo, porque la alternativa era llorar y ese día no me apetecía. Estaba perdiendo la cabeza, mejor cambiaba todo el mundo de sofá.

Capítulo 1

Había un chico. Se llamaba Alexo.

— Fue por su risa, yo creo —traté de empezar a explicar—. Yo creo que fue por su risa porque a mí nunca me había llamado la atención de esa manera, quiero decir... Llevo años —puse el énfasis en esa palabra, porque me parecía de una importancia descomunal— sabiendo quién es y te prometo que nunca, nunca, nunca le había encontrado atractivo. No me fijaba en él de esa manera, lo juro, lo perjuro.

Eso tenía que quedar muy, muy claro. Oda me miraba entre divertida y exhausta, que es como me mira la mayor parte de las veces.

— Tuvo que ser su risa. Fue como el elemento diferenciador de ese día. Es lo que me hizo cosas, yo creo.

— ¿Qué cosas?

— Pues cosas.

— No te pillas por alguien solo por su risa.

— ¿No?

— No.

— Ah. De todas formas, no estoy pillada.

Sí lo estaba. Pensaba en él más de lo que me gustaba admitir, incluso ante mí misma, pero era algo como raro, porque realmente no le conocía. Conocía pequeños extractos de quien era desde hacía muchísimo tiempo, pero no le conocía en absoluto y yo eso lo tenía claro. De verdad: lo tenía clarísimo. No le conocía en absoluto. Pero...

Pero, qué puedo decir, era una idiota, porque desde aquel día que le había visto por primera vez vestido de persona y no de música, riéndose a mi lado con un grupo de gente que no conocía de nada, ajeno a que de pronto estaba tragándome el corazón mientras le miraba, porque no me podía creer que estuviera mirándome de esa manera... Desde ese día me había acordado bastante de él. Y ese *acordado* es un eufemismo de manual, porque la realidad es que durante un año entero, a medida que había ido encontrándome en los rincones más insospechados de Madrid, en espacios que parecíamos compartir y en otros que sentía pura casualidad o destino, la figura de Alexo se había ido haciendo grande hasta que de alguna manera había ocupado todos mis espacios propios.

Un día, poco después de ese primer encuentro con su risa, habíamos intercambiado cuatro o cinco frases en un bar cualquiera, frases de las que, siendo honesta, tenía un recuerdo bastante confuso, porque Martina, Hugo y yo habíamos decidido que ese día se bebía y, de hecho, se bebió. Tenía un recuerdo confuso, pero ese encuentro fue algo revelador para mí porque sí recordaba bien escuchar su risa ahí, a mi lado, y recordaba que en ese momento, y después, al volver a ello, me creí morir mientras pensaba: ¿será posible que esta persona en la que jamás me había fijado tenga la risa más bonita del mundo?

Otro día, tiempo después, en un concierto cualquiera, me miraba en la distancia. Yo hablaba con el amigo con el que había ido al concierto, y Alexo se acercaba, y me miraba, y yo pensaba: estás alucinando. Te han echado algo en la bebida, pensaba. Y no decía nada, pero le devolvía las miradas. Lo miraba y pensaba: me atrae. Lo miraba y pensaba: joder, cómo me atrae. Recordaba la risa y pensaba: la risa más bonita del mundo. Entonces mi amigo, de repente, de la nada, supongo que viendo las miradas bidireccionales, me dijo: ¿quieres que vayamos con él? Y yo le dije: no, qué va, qué dices, mira quién es, y me reí, me reí como diciendo... ¿Crees que quiero algo con él?, a mí las estrellas no me van, por supuesto que no vamos, por supuesto que no quiero nada. Pero ya ese día empecé a querer

algo y poco a poco, muy poco a poco, se fue haciendo más grande hasta ocupar absolutamente todos los espacios, incluso los de los sótanos oscuros y fríos.

Yo sabía que estaba regular estar así, que no podía invertir más tiempo en pensar en él, porque había pasado un año y no pasaba nada, y *nada siempre es toda la verdad*, pero es que tenía un presentimiento, como una intuición cósmica, una cosa dentro que apuntaba hacia él y me decía: ahí hay algo, ahí hay una historia. Lo sentía desde ese primer día en que yo le estaba mirando como si no entendiera qué hacía siendo una persona que se reía y no simplemente uno de mis músicos favoritos y de pronto me miró. Recordé esa primera mirada y me dio un escalofrío.

Y luego estaba el encuentro de hacía dos semanas.

— Claro que estás pillada —continuó Oda—. No pasa nada, tía, sentimos lo que sentimos y ya está, no te lo niegues a ti misma porque sabes que no sirve de nada. Déjate fluir y a ver qué pasa.

— Nada, qué va a pasar.

La historia a grandes rasgos es la siguiente: yo nací en 1993. Mi madre me ha dicho alguna vez que nací preocupada, pero nací. Tengo una madre, un padre y una hermana, y una familia de tíos, tías, primos, primas que son gritones y pasionales y a los que quiero. Me queda una abuela, que hace el mejor cocido del mundo y escribió una canción preciosa sobre mi pueblo, que es el suyo. Mi pueblo segoviano, que es el suyo, me dio mi primer grupo de amigos, mis raíces. La ciudad de Segovia, donde nací y dónde pasé mi infancia y adolescencia, me dio el segundo. Madrid me dio a Lola, mi amiga del alma, a quien conocí en mi primer día en un aula en la Universidad Complutense de Madrid. Me senté a su lado como podía haberme sentado en cualquier otro lugar. A la media hora estábamos hablando como cotorras de Xavi Hernández (en nuestra defensa, eran otros tiempos). No hemos dejado de hablar como cotorras desde entonces, pero pasando a mejores temas. Años más tarde, todavía en Madrid, encontré un grupo de personas fascinantes que hicieron mejor el último infierno que espero haber conocido en vida, el de *Descubriendo España*. Lo suyo tiene mérito porque empecé a quererlos cuando no parecía querer nada, prueba irrefutable de que son personas fascinantes. Pero volvamos a la infancia.

Tomé pronto la peor decisión de mi vida: ser periodista. Quería contar historias, al parecer siempre he querido. En la adolescencia sobre todo relacionadas con el deporte, con Roger Federer de forma concreta, pero mi madre dice que desde bien pequeña he convertido en historias movidas de todo tipo, que no he callado nunca.

Más cosas. A los 14 años me hice un piercing en la nariz, se me cerró y me hice otro, a los 15 me hice un tatuaje de Michael Jackson, a los 17 dejé de jugar al fútbol porque un hombre me dijo que siendo chica no iba a llegar a ningún lado, a los 20 empecé a ver películas como si en el cine estuvieran las respuestas a la vida y a los 21 suspendí periodismo deportivo, la razón por la que quise estudiar periodismo en primer lugar, por estar de prácticas en *Desgracias FM* escribiendo artículos sobre One Direction. Entendí entonces que quería dedicarme a la cultura.

Unos tres años más tarde empecé a escuchar la música del inesperado objeto de mis deseos, seis años más tarde de los artículos de One Direction fui a un concierto suyo por primera vez y siete años más tarde compartíamos espacios madrileños. Los sueños se cumplen, *blabla*. No me podía importar menos. En serio, al principio me dio muy igual. Mi etapa en *Desgracias FM* me había dejado una enseñanza clara: las estrellas, cuanto más lejos, mejor (pero había algo ahí indefinido que echaba de menos). Era una de mis máximas: nunca te lías con un actor, con un músico o con un poeta (o con un médico, otra historia

para otro día, o con un fotógrafo, esto no necesita desarrollo). No me pudo importar menos empezar a coincidir con él en esos espacios madrileños que eran míos, porque no estaba ni interesada ni fascinada, pero es que de pronto un día la escuché: su risa, en efecto. Era una risa cantarina y de las que salen del alma.

Nunca hasta ese momento había pensado en él de esa manera. Me parece importante aclarar esto porque no es que estuviera platónicamente enamorada de él. Platónicamente estaba y estoy enamorada de Cillian Murphy. De Alexo, no. En él me fijé de verdad aquella noche que me miraba y me miraba y me miraba. Eso fue en febrero.

Estábamos en septiembre. Dos semanas antes de esa conversación con Oda pasó lo siguiente: ella y yo estábamos de concierto. No de Alexo, de otra persona, pero en ese concierto estaba él, y había cerveza, gritos, saltos, música y miradas, miradas, miradas, yo le miraba y él me miraba, y yo le decía a Oda que no era posible y Oda me decía que sí era posible, que lo estaba viendo, que nunca me había dado alas con ese asunto, porque, en fin, qué hacía fijándome en esa persona que no me podía pegar menos, pero que ahora sí me las daba, porque si me gustaba adelante, porque ay, tía, que de verdad te mira, ¿qué hacemos?

Pues no hicimos demasiado. A mí nunca se me había dado bien hacer algo. Me daba miedo, vergüenza, nunca quería molestar, además, ¿quería eso? Bueno, era una buena historia, pero es que... ¿No era demasiado mayor? Ah, pero cómo me miraba. No entendía nada. Me miraba, me miraba. Salimos juntos del local y me miraba de reojo, pero no decía nada, y yo tampoco decía nada, pero cómo me latía el corazón. Hacía tiempo que no me latía el corazón. *Te echaba tanto en falta yo también*, cantó Andrés Suárez hablando del resucitar del latir de un corazón. Me latía tanto el corazón que por miedo a que dejase de latir, si aquello salía mal, no hice nada.

Oda y yo nos marchamos de allí, a bebernos Madrid y sus calles y cantar sobre unicornios de fuego, una canción de Xael López que no dejábamos de cantar aquellos días. Fue una gran noche que terminé sola, pero con el móvil en la mano, porque de pronto estaba ahí, en la pantalla. Me estaba mirando en esa estúpida red social llamada *Instagram* que tiene el poder de volvernos estúpidos a todos, que a mí me volvió estúpida aquella noche y las que siguieron, porque esa noche recibí un mensaje suyo, y después otro, y después otro, y después su silencio. Y su silencio provocó que me quedase aún más enganchada a ese espacio de *Instagram*, por si en algún momento le daba por romperlo.

No lo rompió. Silencio y nada más. *No encuentro nada más valioso que darte, nada más elegante, que este instante de silencio*, cantó Jorge Drexler años atrás, en una canción que yo me reaprendí en los días siguientes de instantes eternos de eterno silencio. Quería cantar *Tocarte* a mi objeto de los deseos pero sólo tenía su silencio así que cantaba *Silencio*.

Habían pasado trece días de silencio.

– Me siento como enfadada.

– Enfadada por qué.

Oda siempre preguntaba todo, por eso era una de mis personas favoritas en el mundo. Y porque hace un gran esfuerzo por no juzgar nunca, por mirarte con sus dos grandes ojos azules desde la comprensión y el cariño y la tolerancia y el apoyo.

– Estoy enfadada porque no me quito esta sensación de que a la gente le pasan historias que a mí no me pasan, porque Elena Tablada conoció a David Bisbal en un maldito aeropuerto y se enamoraron, ¿y yo no puedo interesarle ni un poco a este buen señor con quien he intercambiado miradas durante un año hasta acabar en un garito cualquiera de Madrid? ¿Por qué no puede pasarme a mí?

Ya por entonces hablaba de historias, pero se tarda muchísimo en reconocer las cosas.

– Pero es que te está pasando.

– Me está pasando el silencio. También estoy enfadada con él.

– Con él por qué.

– Porque después de escuchar esa maldita risa yo podría haber seguido suspirando por él toda mi vida desde lejos cuando me lo cruzase por la calle de tanto en tanto y nada más, pero haciendo lo que ha hecho me ha dado una esperanza que no es real y me ha transmitido un interés que no existe. ¿Ahora qué hago yo con estas ganas? Y estoy enfadada conmigo misma.

– Contigo misma por qué.

– Porque soy consciente de que estoy magnificando las cosas, pero no puedo parar, no dejo de pensar en ello y de buscar la manera de provocarlo de nuevo y no dejo de fantasear con la forma en que vendrá a mí. Y él ya estará en plan: ¿la chica de los girasoles, de qué me hablas? –Porque yo esa noche de las miradas y los mensajes llevaba una camiseta de girasoles pequeños—. Y yo estoy dando vueltas y vueltas porque siento una atracción tan grande que me voy a morir de esto y también porque a pesar de su evidente indiferencia sigo creyendo que... –Inflé los carrillos para no continuar, porque no quería decirlo, pero al final lo dije—: que hay algo por su parte.

– Tía, que las cosas no pasen al momento no significa que no vayan a pasar. Tú misma se lo decías a Lucía hace unos días, los tiempos para cada persona son diferentes. Y tampoco sabemos lo que está pensando él. A lo mejor pensó: yo a esta chica cómo la voy a interesar de esta manera, mejor corto.

– ¿He sido demasiado sutil mirándole durante veinte minutos seguidos?

– Él no sabe por qué le miras. No deja de ser quien es.

Lo sabía, lo tenía en cuenta, pero me daba igual. Me daba igual porque en mi cabeza yo era una persona transparente que llevaba todo en la cara, el gustar, el no gustar, el estar cómoda, triste, contenta, enfadada o frustrada, y yo aquella noche y todas las anteriores veces que me había topado con él había sido inevitablemente un semáforo porque me ponía de todos los colores: amarilla del mareo que me entraba, roja de la vergüenza y verde de por favor, circule, puede usted pasar.

Yo sabía que podíamos tener una historia bonita, preciosa, una historia en la que los dos protagonistas tienen que desearse muchísimo y confiar muchísimo el uno en el otro, porque les separan demasiadas cosas y porque, además, él es una estrella (*uf*), y ella una periodista (*uf*, pensaría él), y esos dos términos nunca se han llevado bien (con notables y valiosas excepciones, como Juan Diego Botto y Olga Rodríguez, que sean siempre felices). Por él estaba dispuesta a saltarme una regla sagrada (no músicos), porque sentía que ahí había algo para mí, algo de verdad. Así que todo lo demás, las dudas o el silencio, o el no entender, me crispaba una barbaridad. A veces intentaba convencerme de que no estaba tan afectada, a veces sólo intentaba convencer a Oda, pero, en cualquier caso, sí lo estaba. Estaba muy afectada.

– Lo tengo en cuenta –dije al fin, tras unos segundos en silencio. En aquella época empezaba a ser consciente de que tenía más diálogos internos que externos y que eso podía desesperar a la persona que tenía en frente, así que me estaba esforzando por corregirlo. Insistí—: Lo tengo en cuenta, de verdad. Sé que no puedo saber lo que está pensando, me lo dice siempre Alejandra, me lo grabé a fuego la primera vez que me lo dijo. Y sé que tengo que tener paciencia porque puede que yo no haya sido clara tampoco.

Pero, a todos los efectos, me daba igual saber todo eso.

— Pero te da igual —dijo Oda.

Sonreí. Qué bien me conocía.

— No sé si quiero que se me pase o si quiero que pase.

— No tienes que decidirlo ahora.

Miré al infinito angustiada. Claro que tenía que decidirlo en ese momento, porque todo lo tenía que decidir en el momento en que la duda aterrizaba en mi cabeza o entonces me llenaba de esa maldita angustia que me tenía desde hacía tiempo con la respiración atascada.

Lo intenté. No, nada, atascada.

— Venga, termina eso y vamos a dar un paseo con Neo.

Neo era el perro de Oda y el único ser vivo macho en el que confiaba.

Lo intenté. Nada.

¿Se acordaría Alexo de la chica de los girasoles?

Capítulo 2

Ese sábado quería ser la hija de una ranchera estadounidense que vestía con petos vaqueros y anchos, botas altas y sombreros de paja, escuchaba *Cover Me* de Bruce Springsteen en bucle y luchaba cada día contra los cavernícolas de su ciudad, que eran muchos y variados porque, en fin, era estadounidense.

Había empezado a fermentar esa idea dos días antes, porque no dejaba de llover en Madrid y entonces canté *waiting on a sunny day*, porque así funcionaba mi cantar, y entonces *Cover Me* aterrizó en mi cabeza, porque así funcionaba mi cabeza, y eso activó todo lo demás. Ahora quería esa vida. *Cover Me*, en bucle. Pero tres días antes de eso había querido ser historiadora del arte que llevaba dos años viviendo en Florencia trabajando en los archivos de la Galería de los Uffizi, conduciendo en Vespa por la Toscana y viviendo una preciosa historia de amor con un apuesto italiano, preferentemente Francesco Gabbani, que al menos no era un cavernícola. Recuperé esa idea y me gustó. Un buen vino, en una finca de la Toscana, a la luz de las velas, con Francesco cantándome eso de *che sei tu che mi fai stare bene quando io sto male e viceversa...*

Ese es tu problema, me dije allí mismo, que hoy quieres una cosa y mañana quieres otra, cuándo vas a querer algo de una manera definitiva y te vas a quedar ahí, dijo Sméagol. Pero es que quiero muchas cosas, por qué no puedo querer muchas cosas, respondió Gollum. Discutía tanto conmigo misma.

Está bien tener sueños, ¡pero elige uno!, me grité, salvo que no lo hice con mi voz sino con la voz de Julia Roberts en *Come, Reza, Ama*, porque esa era una cita de esa historia. La historia de una mujer que cambia de país, incluso de continente, tres veces en un año porque no tiene ni idea de lo que quiere.

Decide lo que quieres. Decide qué vida quieres tener. ¿Qué quieres?

Sacudí la cabeza y di un sorbo al café. Entonces aterricé.

Lola y Eloy discutían sobre imagen de marca y estrategia en redes sociales. La página web de *La voz del fan*, nuestro proyecto, llevaba unas semanas funcionando, después de un trabajo de meses y una inversión considerable de Eloy. No es que yo me hubiese metido en esa movida: es que esa movida había salido de mis mismas entrañas. Esa utopía del periodismo donde se hablaba de jornadas cortas y sueldos dignos, un periodismo al servicio de los lectores, es más, al servicio de los fans, donde no nos mostrásemos como dioses que sabían más sino como simples comunicadores, interpretadores, conectores entre obra y público, esa utopía la habíamos concebido Lola y yo en los primeros compases de carrera, diez años atrás, así que *La voz del fan* era lo más mío que jamás había mostrado al mundo. Podía llegar a convertirse, incluso, en la respuesta a ese algo indefinido que echaba de menos.

Se lo habíamos presentado a Eloy meses atrás. Eloy había sido mi jefe más directo, antes que Silvia, en *Descubriendo España*. Él sí era buen jefe, supongo que porque, para empezar, era buen compañero. Cuando su tiempo en *Descubriendo España* empezó a acabarse, Lola y yo le presentamos *La voz del fan*, todavía sin nombre, como una idea, como una ilusión, como un mira esto que tenemos, ¿te apetece que hagamos algo con ello? Eloy lo había convertido en un proyecto serio, aportando una perspectiva crítica y profesional, y sus propias ideas y su tiempo y su dinero. Así había nacido.

Les escuchaba hablar de ello y lo entendía todo, entendía lo que decían, entendía sus preocupaciones y las compartía y hablaba cuando llegaba mi turno de hacerlo, y creo que llegaba incluso a decir cosas sensatas, porque de eso, un medio cultural para los fans, sí

sabía bastante, y sabía que creía en ello, creía en lo que decían y en esa utopía. Incluso sabía que, si funcionaba, podría llegar a hacerme feliz, porque ya había sido feliz en *Desgracias FM* habiendo sido como fue un medio muy cuestionable.

Periodista de nuevo (pero sin alfombras rojas esta vez). Cultura de nuevo. Casi sonreía. Sabía que podía hacerme feliz.

Simplemente no podía alcanzar el sentimiento.

Porque una cosa es saber y otra sentir, y yo sin el sentir no era nada, así que no conseguía conectar con todo aquello más que desde un plano teórico y si acaso desde una actitud de responsabilidad, porque era mi proyecto soñado desde hacía una década y ahora que estaba en marcha tenía que dejarme la vida en el intento de que funcionase. Porque además sabía que en el fondo quería hacerlo, quería trabajarlo y quería que funcionase, pero saber que en el fondo quieres, y eso lo aprendí aquellos días, no es lo mismo que querer. Porque yo, querer, no quería.

Porque, aquí estamos otra vez, ¿qué quería?

¿Qué pensará de mí la gente con este nuevo proyecto? Otro proyecto más.

¿Otro más? ¿Había tenido alguno? Aurora me había dicho una vez que nunca apostaba por mí misma, que siempre apostaba por otros. *Desgracias FM*, al final se demostró, no era en absoluto mío, aunque lo sintiera así. Lo siguiente en lo que me embarqué, *TOPMagazine*, había sido una mejor experiencia en ciertos aspectos, pero una tragedia de igual forma, de menor magnitud y efecto emocional... y menos mía aún que *Desgracias FM*. Menos coherente, también, y menos profesional. Por lo menos en *Desgracias FM* había tenido un contrato, una nómina, en *TOP* sólo tuve promesas y esperanzas de las dos personas a las que pertenecía ese proyecto para el que trabajé durante más de un año de manera altruista (y estúpida).

Nunca nada era mío. Salvo los 20 o 25 libros sin terminar del segundo estante del escritorio del salón, quiero decir. Eso sí era mío. Suspiré.

¿Era *La voz del fan* apostar por mí misma?

¿Cómo me vería el resto? ¿Sería una especie de eterna promesa en los ojos de quienes sí habían conseguido arrancar? Porque yo nunca arrancaba, esa era una de las pocas cosas que tenía claras. Había arrancado una vez y había tenido un frenazo de los que te sacan de la carrera y ponen en peligro tu vida.

Cómo no iba a tener dudas con ese proyecto si incluso en el caso de que saliera bien podía tener consecuencias negativas, podía hacer que cayera de nuevo en la vorágine de *Desgracias FM* donde se sucedía el contacto con personas que te miran por encima del hombro y te hacen sentir poco valiosa, poco importante y algunos días fea, una persona invisible, un micrófono que se sostiene solo. Rapidito, que me duele la cabeza, le habían dicho a Lola una vez, en una alfombra roja. ¿Quería eso? ¿Acaso quería eso? ¿No sería mejor conformarme con esa empresa de mierda en la que, al menos, tenía un sueldo fijo y las miradas reprobatorias de Ernesto y Silvia para demostrarme que no era invisible? Un día tuve jaqueca y me dejaron quedarme en casa, no estaba tan mal.

Además, *La voz del fan*, ese proyecto que teníamos, la idea de sueldos dignos, de jornadas dignas, ese tipo de periodismo, era una utopía, jamás funcionaría porque entonces ya lo habrían hecho otros, ¿no? Viviríamos esclavizados por un sueldo de mierda, llevados por la pasión de amar la cultura y querer hacer bien las cosas, pero condenados a la precariedad siempre, porque el periodismo de calidad no da dinero, eso lo sabe todo el mundo.

Además, qué pasión, si yo la había perdido.

¿Alguna vez la había tenido?

Sí la había tenido, hacía tiempo, cuando escribía y escribía y escribía acerca de todo, todo, todo. Cualquier mínimo estímulo me activaba. Una imagen, un verso de una canción, una pregunta. Como aquella historia que escribí después de ver *Capitán Fantástico* por primera vez sólo porque al día siguiente, de pronto, pensé: ¿qué pasaría si él se enamorase de alguien que no entiende por qué vive como vive? Escribía entonces por diversión, por responder a preguntas, por dar una salida y una vida a las ideas, por vivir historias que de otro modo no podía vivir. Escribí esa semana post *Capitán Fantástico* miles de palabras, por diversión y sin esfuerzo, para una historia que estaba mucho más que descansando en una balda. Estaba muerta. De hecho, ¿dónde estaba?

No tenía más que preguntas que no activaban nada. Sólo se acumulaban.

¿Dónde estaba mi pasión? La había perdido. Había perdido las ganas, el compromiso. Soy una impostora, me dije en esa cafetería, soy una impostora que lleva años repitiendo que quiere ser algo, que quiere ser todo, porque esa idea le hace sentirse bien, pero que en realidad no sabe si quiere escuchar *Cover Me* en bucle en un rancho de Estados Unidos, vivir en un pueblo perdido de la Ribeira Sacra o cambiar de continente tres veces en un año. Si quisiera algo, si de verdad quisiera algo de todo eso, ya habría hecho algo por tenerlo.

¿No?

¿Quería todo aquello, otra vez? El periodismo, el periodismo real, ese proyecto, el implicarme. ¿Lo había querido y me lo habían quitado o me lo había quitado a mí misma porque en realidad no lo quería tanto? A lo mejor nunca lo había querido y lo que sucedía era que me sentía bien diciéndole al mundo que sí, que por supuesto que quería ser quien se suponía que debía ser. Porque se suponía que yo debía ser eso. Por encima de todo, yo tenía que escribir. Por supuesto, por supuesto, llevaba contando historias desde los tres años, claro que tenía que ser eso, ¿qué otra cosa iba a ser?

¿Quería serlo?

Ah, ahora Lola y Eloy hablaban del acuerdo con el bar. Sí, es que además habíamos cerrado un acuerdo con Eclipse, un bar musical que frecuentaba con Oda desde hacía meses, donde había visto directos fantásticos que habían hecho que mi necesidad de refugiarme en la música aumentara y donde además veía, de tanto en tanto, a Alexo. ¿Quería ese acuerdo? Bueno, yo misma me había encargado de contactar con el dueño, presentarle la propuesta, demostrarle que conocía la suya porque había asistido de público en muchas ocasiones y hablarle de nuestras ganas de estar allí cada jueves.

Eso podría ser una respuesta, pero lo cierto es que no lo es, porque la respuesta es que no, no quería ese acuerdo, tal vez lo quisiera teóricamente pero no lo quería en la práctica, como sucedía con todo.

Eso también lo interioricé aquellos días: que no sentía querer las cosas. Supongo que empecé a pensarlo porque de pronto había muchas cosas a mi alrededor activándose y yo no estaba para nada activa. Las miradas de Alexo, incluso sus mensajes. ¿Se habían quedado en nada porque yo me había mostrado demasiado poco activa? Estaba activándose *La voz del fan*, estaban Lola y Eloy hablando de cómo hacerlo funcionar, entendía mi parte de responsabilidad, estaba activo mi papel. Yo era la parte creativa así que necesitaba estar activa, despierta, proactiva, como Viggo Mortensen había dicho de Aragorn en su lucha contra los nazis.

Pero es que no quería esa reunión, ni quería ese medio, ni quería nada, porque lo quería todo, pero no sabía qué quería, porque no sentía querer nada, quería muchas cosas,

quería querer muchas cosas, y no quería nada, y no tenía nada, no tenía nada más que un puñado de preguntas, un puñado aún más grande de miedos y bastante pereza, y nada de pasión.

No sabía lo que quería y si en algún instante de lucidez aterrizaba una respuesta en mi cabeza al instante siguiente aparecía otra en forma de pregunta: ¿te hará eso estar satisfecha? ¿Acaso crees que será eso suficiente? Cada pregunta era más cruel que la anterior. ¿No consideras que estás destinada a ser siempre una de esas personas que buscan, buscan y buscan pero nunca encuentran nada y aun así nunca se detienen porque no pueden conformarse porque no saben qué quieren y entonces están siempre insatisfechas y tristes y con la respiración atascada?

Suspiré. Iba a hacerme daño en el pecho. Una contractura o algo así, si eso era posible. Le preguntaría a Macarena. De pronto me preocupaba. ¿Iba a hacerme daño en el pecho por respirar mal? Llevaba unos días con el estómago cerrado. Suspiré.

Lola me miró. Quise preguntarle qué hacíamos allí. Creo que lo hice con la mirada. Qué hacemos aquí, Lola, si todo esto es imposible, si ya hemos pasado por esto, si ya vimos en *Desgracias FM* que no funciona, que es muy sufrido, que hay que agachar la cabeza, callar y soportar este mundo de ricos donde los pobres trabajamos en proyectos de otros. Carraspeé, pero no dije nada.

Entonces Eloy me miró y se quedó callado. Podría haberle preguntado a él también qué hacíamos ahí. ¿No estaba desencantado después de su experiencia en *Descubriendo España*, ese medio de viajes en el que no viajábamos, no estaba cansado, no estaba harto de tener que pelear tanto, tanto, tanto? Piensa en Ernesto, quise decirle, se lo han dado hecho, ¿no sería más sencillo aceptarlo, trabajar para él, agachar la cabeza, callar y soportar?

— Perdonad, me he ido un momento —dije, en cambio.

Un momento. Sólo había sido un momento.

Hace tiempo que yo ya me fui, yo siem...

Calla ya.

Esos días mi cabeza daba vueltas, tantas vueltas. No callaba, nunca callaba, pero qué mierdas me contaba. De verdad, qué mierdas me contaba.

Capítulo 3

Tenía que pensar menos en Alexo, pensar más en mí.

Por qué no podía dejar de pensar en ello, por qué no podía dejar de pensar en él, por qué pensaba tan poco en mí, en lo que quería más allá de los hombres, en lo que quería más allá de lo que pensarán las personas que me rodeaban.

Por qué no podía dejar de pensar en Alexo.

Porque es lo único que te provoca emoción, pensé esa mañana de domingo mientras paseaba por Madrid, porque estás harta de transformar textos que han escrito otros para que parezca que has visitado esos lugares de los que tienes que escribir, y estás harta de esforzarte de esa manera porque te da vergüenza escribir sin saber, porque no hay muchos más estímulos a tu alrededor, porque te rompieron la parte que te pertenecía a ti en exclusiva, la pasión y todo lo demás, porque ni siquiera tienes dinero para hacer todos los planes que te gustaría hacer con tus amigas, porque no has tenido mucho más que dos cervezas y sus miradas, y te has enganchado a ello, porque solo tienes tu imaginación y ni siquiera sabes qué hacer con ella porque está rota y está roto todo.

Vale, vale, qué intensidad. Es domingo, calma. Calma, Gollum, por favor.

No podía parar. Esa era otra cosa de aquellos días, que no podía parar. No era que me quedase en el sofá lamentándome de la existencia del ser humano en general y de la mía en particular, dando vueltas a esa escena de *Falling* donde un padre le dice a su hijo recién nacido perdón por haberte traído al mundo para morir (qué escena). No. Yo necesitaba salir de casa y andar y andar y andar a ninguna parte. Estaba inquieta y ansiosa, como cuando estás a punto de vivir un momento crucial, un salto en paracaídas o algo así, mirando al abismo y esperando que alguien más sabio y preparado y seguro que tú te diga: ahora, salta.

Esa también era otra cosa: necesitaba que alguien me dijera lo que tenía que hacer. Escuché esa frase exacta por primera vez en *Fleabag* y pensé: sí, justo eso, estoy tan perdida como ella, necesito esa experiencia religiosa (realmente no) y que alguien me diga: por aquí, por aquí es, así, así es. Necesitaba que alguien me dijera si merecía la pena intentarlo de nuevo, lo del periodismo, si merecía la pena hurgar en mi pasión a ver dónde estaba, qué hacer con Alexo, sobre todo qué hacer con Alexo.

No se iba de mi cabeza. Llevaba dos semanas sin verle y me estaba consumiendo. Se había convertido en un recuerdo vivo y en una pregunta que hacerme como una costumbre, de manera automática. Como cuando nada más despertarte coges el móvil y empiezas a leer mensajes aunque ni siquiera puedas abrir los ojos. Lo haces por costumbre, porque es lo que has hecho el día anterior y el anterior y ese mismo día exacto el año anterior y entonces no sabes hacer otra cosa. Como esas cosas mecánicas que todos hacemos, tirar de la cadena o apagar el gas o cerrar la puerta del coche, cosas que después te preguntas ¿lo he hecho? ¿Cuándo lo he hecho? Así lo pensaba. Aparecía de esa manera en mi pensamiento, como una costumbre, como algo mecánico, como algo que provocaba algo en mí y que por tanto en cierto modo era bienvenido, porque necesitaba emociones, porque había pasado mucho tiempo sin emociones.

“No quiero explicar mi pasión —lo que equivaldría a considerarla un error o un desvarío por los que hay que justificarse—, sino sencillamente exponerla”, escribió Annie Ernaux unas cuantas décadas antes, legitimándome con ello a poder sentir mi propia y enorme pasión por una persona que no conocía sin tener que preguntarme a cada instante, sino sólo de vez en cuando, cómo era eso posible, si yo no me pillaba nunca por nadie, si no

había tenido pareja en una década, si rara vez alguien se hacía con mi atención más tiempo del que me costaba encontrar otra serie a la que engancharme.

Y sin embargo allí estaba. Y lo sentía tan cerca... A veces lo sentía tan cerca. A veces creo ver... ver cómo vendrás, tararé, y di un sorbo al café. Hacía bueno aquella mañana. Era otoño pero en Madrid no era otoño todavía, aunque los árboles empezaban a dorarse.

Alexo, Alexo, Alexo. ¿Hice algo mal? ¿Dije algo mal?

¿Cómo conseguir que me mire, que me vea?

Qué agobio. Cabeza de todos los agobios. Cabeza en un estado de agobio extremo funcionando demasiado deprisa y recordando sus miradas, su silencio, sus mensajes, sus miradas. Rebaja, no le conoces, lo sé, lo sé, pero es que siento algo, veo algo, cierro los ojos y veo los suyos y veo su nombre en la pantalla y veo sus ojos otra vez y de verdad que ahí hay algo, no puedo explicarlo, no quiero explicarlo, estoy cansada de hacerlo, sé que hay una sacudida, un salto, un algo, y ya está.

Relájate, déjate llevar, ve a por ello o no, mejor no, mejor deja que fluya, las cosas tienen que fluir, o mejor ve a por ello, plántate ante él y dile: aquí estoy, qué querías esa noche. Suspiré.

Necesitaba que alguien me dijera lo que tenía que hacer.

Otra vez ir a por algo, otra vez a decir hola, estoy aquí, mírame, por favor, mírame pero no me mires sólo desde lejos. Por qué no se deja llevar él. Quizá estuviera equivocada. A lo peor estaba malinterpretando sus intenciones. Ya me había pasado otras veces. Pensé en Antonio. Mi historial de malas interpretaciones era largo con él, cuántas veces había pensado que sí y siempre era que no. Suspiré. Sacudí la cabeza. Ese día solo me faltaba pensar en Antonio. Antonio era un amigo, punto, *amor hay, pero no es para nosotros*, fin.

Se había acabado el café.

¿Y si me lo encontraba? A veces me lo encontraba. “Empeñaba las horas libres paseando sin rumbo por los entresijos de la ciudad, esperando encontrárselo en cada esquina y queriendo no volver a encontrárselo nunca”, pensaba Luisa en *Que veinte años no es nada*. Lo recité con claridad porque aquellos días lo había leído mil veces, porque esa muchacha se había pillado por un señor al que no conocía y que le sacaba veinte años (que no son nada, decía) con el que fantaseaba a diario. A veces yo me encontraba a mi propia fantasía, me lo encontraba en los mejores días, pero también en los peores, porque si yo lo veía a él y él no me veía a mí entonces empezaba otra vez la historia de mi vida, el sentirme invisible y todo lo demás. *Cuando yo sólo era brisa, acuérdate bien, que al no poder mirarme sabía que existía sólo si a ti te podía mover*, tararé. Dos veces.

Sólo somos alguien cuando otro alguien nos mira, ¿no?

Ese domingo paseaba por Madrid como si tuviera prisa por llegar a algún lado, pero en realidad había salido a pasear porque en casa no había nada para mí. La hoja en blanco, lo que alguna vez había sido, lo que no llegaba a ser, lo que no intentaba ser, lo que me daba miedo no recuperar, lo que no quería recuperar, porque qué miedo. Miedo, miedo, miedo. Cómo resonaba esa palabra en mi cabeza cada día. Vivía con miedo, asustada de todo, de todos, de mí misma. De lo que era la vida, de lo que no era, de lo que podía ser, de lo que podía llegar a ser yo, de lo que tal vez nunca fuera, de lo que ya era, de lo que no era.

Qué intensidad. Pero es que era verdad. Lo tenía dentro, así que era verdad.

Qué miedo darse de bruces con todas esas posibilidades en la realidad. Siempre decía que quería las posibilidades, ¿qué te gusta de Londres que vuelves constantemente?, me preguntaban, las posibilidades, decía, pero en realidad no las quería, tal vez no quisiera nada en realidad, porque qué cómodo tenerlo en la cabeza y sufrir por algo que puedes

controlar, no estoy vendiendo libros pero al menos puedo controlar el sufrimiento por no hacerlo, no estoy vendiendo libros pero siempre puedo imaginarme haciéndolo y cubrir así el vacío, imaginación y nada más, porque y si lo hago y no gusto, y si lo hago y no llego, y si lo hago y me cambia la vida. Qué cómoda es la imaginación, qué miedo da la vida. Podía olvidarme de la vida y dedicarme a inventármelo todo. Inventarme a Alexo en cualquier mirada y cualquier gesto y cualquier cara, *te inventaré cada mañana, te inventaré cada mañana*, podía dejar de buscarlo en la realidad y simplemente imaginarlo, ¿lo estaba buscando, en realidad? Tal vez ni siquiera lo estaba haciendo, porque tampoco de eso estaba del todo segura, porque no estaba segura de poder quererlo si llegaba porque, al fin y al cabo, nunca había querido nada de verdad, aunque, en realidad, nunca nada había llegado de verdad.

Cómo no iba a estar agobiada con todo aquello encima.

Había venido de repente, ¿por qué? Se había ido de repente, ¿por qué? ¿En qué posición me dejaban esas dos cosas, qué tenía que hacer yo ahora? Cómo no iba a releer una y otra vez esa última (y única) conversación en mi cabeza, esos cuatro (y últimos) (y únicos) mensajes, buscando el fallo, el error, la frase en la que había decidido darme su silencio, la frase en la que había decidido que no le interesaba, que se alejaba, que silencio. Quizá había sido amable y nada más, quizá lo estaba malinterpretando.

No, por supuesto que no. Sus insinuaciones habían sido claras.

A lo mejor le gustaba Oda. ¿Le había gustado Oda aquella noche y por eso se había acercado a mí? A lo mejor quería una camiseta de girasoles parecida.

No, por supuesto que no. Para ya. Deja de buscar la forma de hacerte daño.

Otras veces tenía la esperanza por las nubes. Había sentido su atención. Se había acercado de alguna manera, le había visto desearme con esos ojos como yo le deseaba con los míos y me atraía de tal modo que ese simple deseo hacía nacer en mí una ilusión que sin querer yo siempre transformaba en esperanza.

Qué historia podríamos vivir. ¿Se daba acaso cuenta de la emocionante historia que podríamos vivir, lo había pensado? Tendríamos que superar la inseguridad innata de sentirme inferior a él, la diferencia de edad, ese complejo mundo del periodismo y la fama y todo lo demás, tal vez las respectivas familias se mostrasen reticentes, pero sería emocionante y auténtico y al final ganaría el respeto y el amor y la confianza propia y mutua. Eso sí que era un *The End* en mayúsculas.

Suspiré. Gran atasco ese día en las autovías de mis pulmones, tomen un desvío.

Él había sido quien lo había iniciado todo y eso me enfadaba. Estaba enfadada. Apretaba el puño, y no arriba como cuando cantaba *La voz del presidente*, lo apretaba conteniendo en él toda la frustración, aunque a veces también extendía la palma como si me quemase, como el Mr. Darcy del *Orgullo y Prejuicio* de 2006 cuando rozaba la mano de la Elizabeth de 2006 y después tenía que sacudirse el deseo. Tanto deseo. Mucho era mío pero otro tanto era suyo, porque yo hubiera seguido fantaseando sin pretensiones si no hubiera hecho aquello, aunque viéndolo por otro lado podía seguir haciendo eso mismo, fantasear y nada más, olvidarme de la realidad porque qué necesidad tenía de tener pretensiones si tenía mi imaginación.

Quizá estuviera inventándome las pretensiones, quizá ni siquiera quería tener algo con él, quizá solo quería alargar la fantasía, acercarla a la realidad todo lo posible para hacerla aún más real, para que la fantasía se sintiera más, para que doliera más, para que la viviera más, casi como si fuera real, pero sin serlo. Era capaz de imaginar todo con él, y al

mismo tiempo me decía que no sabía si era capaz de vivirlo. Qué cómoda es la imaginación, qué miedo da la vida.

¿Y si no estaba pasando nada entre nosotros porque en el fondo no quería y entonces lo estaba frenando, evitando, desde un plano inconsciente?

A lo mejor no pasaba porque ya había pasado mil veces en mi cabeza. A lo mejor lo había desgastado de tanto pensarlo, a lo mejor me había cargado la posibilidad de que se volviese real de tantas veces como lo había imaginado.

¿Por qué su silencio? Yo no sufría porque las cosas se acababan, yo sufría porque nunca empezaban, esa era la historia de mi vida. Y claro que estaba acostumbrada a la comodidad de la imaginación, pero es que no me habían dejado tener otra cosa. Viven lejos, no pueden ahora, no es el momento, lo que sea, siempre es algo, me decía, enfadada, enfadadísima, cansada, cansadísima.

A lo mejor necesitaba que alguien me dijera: no me gustas. De esa manera rotunda y contundente y hasta dañina. Eres una mujer fuerte, valiente y todo lo demás, todo lo que yo le digo a mis amigas que son, porque lo son, pero no eres para mí, no me gustas. Ojalá alguien me lo hubiera dicho alguna vez así, de esa forma, ojalá no hubieran sido todo incertidumbres, misterios y preguntas sin resolver, y conflictos imposibles, y callejones sin salida, y Antonio, Antonio otra vez, ¿qué hacía pensando en él esa mañana?

Pensaba en todos porque no pensaba en mí, sólo en la historia inventada de mi vida.

Y al día siguiente lunes.